

distancia, ni aun la del cielo á la tierra, iguala á la que media entre Dios y los hombres, entre Jesucristo y sus discípulos? El ejemplo de los que el mundo llama grandes, de los reyes y potentados de la tierra, ha ejercido en todos tiempos y países un influjo irresistible. Á ello contribuye, de acuerdo con la razón, el sentimiento mismo del amor propio. ¿Quién no quiere naturalmente engrandecerse? Y ¿á quién no le parece que lo consigue apareándose con los que realmente son grandes, ó siquiera son tenidos por tales en concepto de los demás hombres? Y ¿cómo igualarse con ellos sino por medio de la imitación de sus acciones?¹ Aquí tienes, pues, hombre ambicioso, exclama un piadoso escritor, el medio legítimo y santo de satisfacer tu ambición. ¿Quieres ser grande? Imita al que lo es sobre toda medida, al que es, no sólo rey, sino Rey de reyes y Señor de señores²; imita el ejemplo de humildad que te ofrece Jesucristo en el Cenáculo, lavando los pies á doce pobres y despreciables pescadores. *Sea tu camino*, dice San Agustín³, *Aquél que por ti se ha hecho camino, á fin de conducirte á Él por sí mismo.*

11. Pero el ejemplo de humildad que nos da Jesús en el Cenáculo, no sólo nos convence y nos obliga, sino que nos arrastra á seguirlo con la dulce violencia del amor. Si es afrenta verdadera para el cristiano afrentarse de seguir á Jesucristo, no sería menos ingratitud y villanía no hacer por amor al buen Maestro lo que él ha practicado tan sólo por amor á sus discípulos. Porque Jesús, lavando los pies á sus Apóstoles, les ha dado muestra inequívoca de amor y de ternura, dicién-

¹ *Nepveu S. J., Réflexions chrétiennes.*

² Apoc. 19, 16. ³ *S. Aug.* in Ps. 90.

doles: *Si yo no os lavare los pies no tendréis parte conmigo*¹. Era, pues, menester purificarlos completamente lavando sus corazones de las más ligeras manchas, á fin de que mereciesen ser contados en el número de los suyos. La caridad, hermanos míos, obliga á Jesucristo á humillarse hasta el último extremo; y, si esta dulce llama llegase á prender en nuestros corazones haciéndonos sentir atracción irresistible á nuestro divino Salvador, y entrañable afecto á nuestros hermanos, la humillación perdería para nosotros todas sus dificultades. ¿Qué digo? hallaríamos tesoros de felicidad en practicarla. *Si alguno me ama*, decía el mismo Señor, *guardará mis mandamientos, y mi Padre lo amará, y vendremos á él y haremos dentro de él nuestra morada*². Y ¿cuál es su mandamiento, como acabamos de ver, sino el de la caridad? ¡Bienaventurado, pues, quien la practica, porque merecerá ser hecho habitación de la adorable Trinidad, de aquel modelo eterno y sublimísimo del amor unitivo! ¡Dichosa la humana sociedad, si llega á regenerarse mediante el principio de vida y de salud que encierra la caridad cristiana, apoyada en la humildad! Así sea.

PRIMER SERMÓN DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, el Viernes Santo de 1880).

Vere hic homo Filius Dei erat.

Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

Marc. 15, 39.

1. Nada mejor puede decirse en esta hora solemne en que con profundo recogimiento y tiernas lágrimas

¹ Io. 13, 8.

² Io. 14, 23.

vamos á tributar los últimos honores al Dios-hombre que ha expirado en la cumbre del Calvario. El Centurión romano lo ha dicho todo en esas cuatro palabras, sí, todo cuanto inspira á un alma herida súbitamente con el rayo de la fe, la vista de ese indefinible espectáculo de la muerte de Jesús. *Vere hic homo Filius Dei erat*¹: «Realmente este hombre era más que hombre: preciso es glorificar á Dios proclamando en este mismo instante la verdad á la vista del sagrado cuerpo: el hombre que así ha muerto, no puede ser otro que el Justo por excelencia, el mismo Hijo de Dios.» Así hablaba el Centurión; y esto diciendo en altas voces, y bajando la pendiente del monte de la Calavera, el valiente soldado y todos cuantos marchaban junto á él, se herían los pechos con el golpe del arrepentimiento². ¡Ah! cristianos que asistís hoy en espíritu á este acontecimiento eternamente memorable y siempre nuevo, ¿no excluiréis también vosotros con la convicción más íntima y los más vivos sentimientos de compunción: *Vere hic homo Filius Dei erat*? Sí, vamos á desprender de ese madero antes infame, hoy dulce y gloriosísimo³, los ensangrentados miembros del Hijo de Dios, muerto por nuestra redención.

2. Mas, antes de proseguir no podemos menos de preguntarnos: ¿cómo se explica esa transformación maravillosa obrada súbitamente en el corazón del oficial pagano? ¿no era él mismo del número de los enemigos? ¿no figuraba á la cabeza de los que le custodiaban? Sí, señores, y estaba en frente de la cruz: *stabat ex adverso*⁴;

¹ Ubi supra. ² Luc. 23, 48.

³ Dulce lignum... arbor decora et fulgida (Eccl. in offic.).

⁴ Marc. 15, 39.

y esta situación precisamente influyó en su repentina mudanza. Colocado frente á frente del Crucificado, había podido contemplar sin distraer ni un instante la vista ni el pensamiento, aquel rostro de Jesús que, aun abofeteado y contuso, era el trono visible de la majestad; había seguido con los suyos el movimiento de aquellos ojos soberanos, ya cuando se bajaban con ternura infinita sobre sus verdugos, ya cuando se alzaban al cielo con expresión de angustia y de filial confianza á un tiempo; había sentido debajo de sus pies y sobre su cabeza el estremecimiento universal de la naturaleza horrorizada; había oído — ¡ah! y esto le penetró en lo más hondo del alma — aquel grito postrimero, aquel fuerte y terrible clamor con que Jesús llamó á su Padre, entregando en manos de él su espíritu y expirando en el instante. San Marcos cuidó de notar exactamente esta circunstancia: *Viendo que había expirado clamando de aquel modo*, exclamó él también: *Vere Filius Dei erat iste*. He aquí, pues, lo que le conmovió profundamente; y he aquí lo que hoy debe á nosotros conmovernos, haciéndonos adorar, pendiente del sagrado madero, una Víctima divina. Así lo creemos, verdad es, así lo profesamos de todo corazón, á fuer de verdaderos y fervorosos creyentes, como lo son todos los hijos de este noble y religioso país; reconozcámoslo, empero, una vez más en este día, á fin de que nuestra devoción se acrezca á medida que aumente y se afiance nuestra fe; y más aún, para que nuestras buenas obras correspondan á la grandeza de una y otra. Reflexionando, pues, en las circunstancias de la muerte de nuestro divino Redentor, veremos que ha muerto por ser Hijo de Dios; que ha muerto como verdadero Hijo de Dios; que ha muerto, en fin, para hacer al hombre hijo de Dios. Ved

aquí los tres puntos que van á ser el objeto de vuestra piadosa atención, después que con la Iglesia adoremos al que está allí clavado en esa cruz: *Adoramus te, Christe*, etc.

I.

3. ¿No parece un contrasentido, una paradoja, hermanos míos, afirmar que Jesús ha muerto por ser Hijo de Dios, es decir, por razón de su inmortalidad, por ser autor y principio de la vida? Pues ¿qué? ¿No sólo puede morir el Hijo de Dios vivo, sino que ha de morir por ser quien es? Ciertamente el Evangelista San Juan, al describirnos la eterna generación del Verbo, nos ha dicho: *In ipso vita erat*¹: en él estaba la vida; y esta vida era la luz que vivifica á los hombres. ¿Cómo, pues, ha podido ser eclipsada por sombras de muerte? ¿cómo han prevalecido sobre ella las tinieblas? Hay aquí sin duda algo incomprensible y misterioso; pero ¿acaso toda la obra de la humana reparación no está llena de misterios? Insondable sería para nosotros este abismo, si el mismo Señor, *que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*², no se hubiese dignado abrirnos la inteligencia de esta altísima verdad. Detengámonos por un momento á meditarla, que ella nos dará también lecciones prácticas de la mayor importancia.

4. Que Jesucristo haya muerto por ser Hijo de Dios no admite duda, cristianos oyentes; y, para convencernos de ello, bastaría interrogar á sus verdugos: ¿Por qué le asesináis? y á sus mismos jueces: ¿Por qué le condenáis á muerte, y muerte de cruz tan afrentosa? Si aceptamos su respuesta, hela aquí terminante y perentoria, y repetida en todos los tribunales: *Quia Filium*

¹ Io. 1, 4.² Io. 1, 9.

*Dei se fecit*¹: este hombre debe morir, según la ley, porque se ha proclamado Hijo de Dios. Así lo vociferan con furiosos alaridos las turbas apiñadas delante del pretorio, reclamando la sentencia de crucifixión: *Crucifige, crucifige eum*². Sea, responde el cobarde Pilatos; crucifícadle vosotros, que, en cuanto á mí, yo no encuentro en él causa alguna de muerte...³ ¿Lo veis, cristianos? La legislación más sabia y prudente del mundo, la romana, ha declarado del modo más solemne la inocencia de Jesús, lo cual significa que la ley humana no puede explicarse la razón de aquella muerte. Eso no obstante, queda en pie la sentencia inexorable: *Hic homo debet mori*: es preciso que muera Jesús. La razón la dará otra ley superior á la humana, la ley divina revelada, aunque entre sombras y figuras, á aquel pueblo de misión providencial. Oíd lo que en última instancia alegan los judíos: *Filium Dei se fecit*: se ha proclamado Hijo de Dios. Y el juez pagano cede confuso, perturbado, contra su convicción, contra su conciencia, contra todo derecho, y Jesús va á expiar los delitos que no debe en el lugar del último suplicio: va á morir por ser Hijo de Dios. ¡Ah! dicen los pontífices y fariseos: muere ajusticiado por blasfemo, porque ha osado llamarse Hijo de Dios, porque, no siendo más que un hombre, se ha arrogado la divinidad⁴. ¡Ah! contesta el mundo, ilustrado ya plenamente sobre los designios de la justicia y de la misericordia divinas: no muere Jesús porque se ha hecho, sino porque es en realidad de verdad, el Hijo unigénito de Dios. *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo*⁵. No va á la muerte

¹ Io. 19, 7.² Luc. 23, 21.³ Luc. 23, 22.⁴ Io. 10, 33.⁵ Phil. 2, 6.

por decreto de los hombres, sino por decreto de Dios. Dios envía á su Hijo á morir por los hombres pecadores, para que éstos se salven de la eterna muerte. He aquí la verdad de la muerte de Jesús. En realidad, nada valdrían para quitar la vida al Redentor las sentencias de todos los tribunales judíos, si en el tribunal del cielo no se hubiese decretado primero, si el Juez eterno no hubiera rubricado antes que Caifás aquella sentencia: *Es preciso que muera un solo hombre por el pueblo, para que no perezca todo el género humano*¹. Así lo notó muy bien el Evangelista San Juan, advirtiendo que el Pontífice judío habló como profeta, intérprete inconsciente de los oráculos divinos².

5. La conducta observada por nuestro Señor Jesucristo en presencia de sus jueces corrobora esta verdad. Porque, lejos de rechazar el cargo lo acepta y lo confirma con la más ingenua y valerosa declaración. *Tú lo has dicho*³, contesta á la pregunta del Sumo Sacerdote en pleno Sanhedrín, lo que equivalía á decir: *Yo soy ése que dices, el Cristo del Señor, el Hijo de Dios vivo*. Y añade, para hacerles creíble lo que afirma: *Muy presto veréis al Hijo del hombre trasfigurado, viniendo del cielo, como Hijo de Dios, en trono de nubes á juzgaros*⁴. Los insensatos y perversos jueces no le dan crédito, y sólo se aprovechan de la confesión de Cristo para tratarle de blasfemo y lanzarle por ello á la muerte, sin buscar ya otra causal ni otros testigos, exclamando todos á una voz: *Reo es de muerte*⁵. Jesucristo sabía muy bien este resultado de su declaración, y no obstante la hace del modo más explícito, diciendo luego á Pilatos

¹ Io. 11, 50. ² Io. 11, 51. ³ Matth. 26, 64.

⁴ Matth. ibid. ⁵ Matth. 26, 66.

que *Él ha venido al mundo á dar testimonio de la verdad*¹, aunque le cueste la vida: luego es evidente, amados fieles, que Jesucristo ha muerto por ser Hijo de Dios, y por haberlo así confesado ante sus jueces. No podía ni quería ocultarlo en aquella hora solemne. La fe que por entonces no había de obtener por medio de aquella revelación de su divinidad, por estar en aquellos momentos totalmente obcecados los espíritus por la pasión, obtendría más tarde, despejado ya el horizonte y serenada la atmósfera de las pasiones humanas, y llegarían á reconocerle y adorarle algunos de los mismos jueces que le sentenciaron, y muchos de los verdugos que le crucificaron, diciendo con el Centurión: *Vere hic homo Filius Dei erat*. Entre tanto moría por confesar que era Hijo de Dios, según la sentencia de los hombres, y por serlo en realidad, según el decreto del Eterno. Porque, si no lo fuera, no siendo más que hombre, el Eterno Padre no le sentenciaría á la muerte, la cual de nada habría de aprovechar para satisfacer á la divina justicia ni para redimir de la condenación al humano linaje. Habría muerto Jesús como habían muerto Adán y los patriarcas, como habrán de morir todos los hombres en fuerza de aquella antigua sentencia fulminada en el Paraíso: *Volverás al polvo de que fuiste formado*²; pero este hecho no habría tenido más resonancia en el mundo que la muerte de cualquier otro justo, verbigracia, la de Abel, y no habría producido la rehabilitación de la raza humana y la restauración de la gloria del Criador. Para que la muerte de un hombre surtiera estos efectos, era menester que ese hombre fuera juntamente Hijo consustancial de Dios, y como

¹ Io. 18, 37. ² Gen. 3, 19.

tal se ofreciese en sacrificio voluntario de merecimiento infinito, y lo aceptara la divina justicia. Y aprendamos de aquí, hermanos carísimos, una lección de suma importancia en el orden moral, y es que, para ser también nosotros merecedores en algún modo del título y carácter de hijos de Dios, por adopción, es absolutamente necesario que nos entreguemos á la muerte mística, á la muerte de la naturaleza corrompida, que clavemos en la cruz del Redentor nuestras pasiones, nuestros vicios y hasta nuestra carne, según la expresión del Apóstol¹. De cualquier cristiano digno de este nombre puede afirmarse: *debet mori*, tiene que morir; y ¿por qué? *Quia Filium Dei se fecit*, porque ha sido hecho hijo de Dios.

II.

6. Muere Jesús como sólo podía morir quien de verdad lo fuese. Por eso afirmaba el Centurión, después de haber visto aquella muerte: *Vere hic homo Filius Dei erat*. En efecto, el modo solamente con que Jesucristo muere á vista de millares de testigos, mejor dicho, á vista del mundo entero providencialmente congregado en Jerusalén para asistir al espectáculo más grandioso de todas las edades, basta y sobra para afirmar sobre sólidos cimientos la fe del Centurión, y la afirmación conteste de diez y nueve siglos. Contemplémoslo á la simple luz de la historia, á la luz del evangelio. Jesús muere, no por desfallecimiento como todos los mortales, no porque ya no pueda detener la vida que se escapa de sus pies y manos taladrados, de su pecho comprimido y ahogado; sino por un esfuerzo libre y voluntario

¹ Gal. 5, 24.

con que rompe, como dueño de la vida, los vínculos que sujetan el espíritu á la materia. Él había dicho de antemano, oyéndolo todos sus discípulos: *Nadie es capaz de quitarme la vida: yo depositaré mi alma cuando llegue el momento que he elegido*¹; y he aquí cómo lo hace, cuando todo está consumado, depositando tranquilamente su espíritu en manos de su Padre: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*². Lanzando esta voz vigorosa es como inclina la cabeza sobre el cuello, y exhala el último suspiro. Advertid, dice San Juan Crisóstomo³, que no se expira después que se inclina la cabeza, pues lo natural es que ésta se doble y caiga después que se ha expirado. Pero aquí sucede lo contrario: ¿qué prueba más brillante del señorío de Jesús sobre la muerte? Y no pretenda el impío que Jesús sólo ha muerto en apariencia. También el juez romano se sorprende al ver que ha expirado tan pronto⁴; pero tiene que ceder á la realidad del hecho incontestable. Tres horas de indecible martirio en la cruz ¿no eran bastantes para acabar con la vida del hombre más robusto y bien complexionado? ¿eran poco para matar á un hombre diez y ocho horas de agonías y tormentos? Pero, aunque así no fuera, la lanza asestada contra el costado de Jesús reconocido ya muerto, habría acabado de extinguir aquella vida preciosísima, si por acaso quedaba de ella escondida alguna chispa. Murió, pues, Jesús en realidad; pero murió como señor y dueño de la vida, dejándola momentáneamente nada más, para volverla á tomar á la hora decretada. *Tengo poder*, había dicho, *para dar mi vida, y tengo lo asimismo para tomarla*

¹ Io. 10, 18.

² Luc. 23, 46.

³ In Io. 84, in Brev.

⁴ Marc. 15, 44.